

LA MIRADA DE GUILLERMO FERNÁNDEZ

DIÁLOGOS Y TEXTURAS URGENTES / 13



para Lola Fernández y Leandro Díaz

Si pudiera explicar

si pudiera explicar

lo hice para quebrar

lo hice para quebrar

lo hice para quebrarme a mí.

FITO PÁEZ

Se eu quiser falar com Deus

tenho que aceitar a dor
tenho que comer o pão
que o diabo amassou.

GILBERTO GIL

Y si ardo en la cruz
seré un santo
vestido de guerrero.

MAHMUD DARWISH

1 / NOTICIA

El escándalo se produjo a finales de los 60 y estoy casi seguro de que fue una tarde de sábado. El taller de mi padre tenía dos niveles y Guillermo Fernández entró de sopetón y no cerró la puerta ni esperó a bajar los tres escalones para anunciar radiantemente recortado sobre la mansedumbre del patio con parral:

-El domingo pasado tomé la comunión, gordo.

Y nosotros nos miramos durante un segundo como si nos hubiese tirado una bomba de olor.

-Mirá vos -terminó por fluirle una sonrisa todavía shockeada a mi padre, que cuando yo tenía seis años me leía el Sermón de la Montaña y jamás hablaba mal de la Iglesia aunque tampoco iba. -¿Y no te interesan más los protestantes?

-Santa Madre hay una sola -se sentó entre el caballete y el gran banco de carpintero el hombre cuarentón y todavía espigado que según mi prima hermana Ana María era un *terrible churro* parecido a Mel Ferrer.

Yo tendría dieciocho o diecinueve años y venía devorándome la historia de la redención de Raskolnikov, pero me era imposible concebir que aquel maestro torresgarciano se hubiese conmovido tanto al masticar la hostia.

-El asunto empezó cuando cumplí los veinte -se paró Guillermo para señalar el mate que estaba arriba del banco de carpintero. -La *cosa* se me apareció adelante así como ahora estoy viendo a este porongo, pero no le hice caso.

Y arqueó su clásica sonrisa de labios cerrados para poner el mate detrás suyo.

-Bueno, yo reconozco que a mí casarme por iglesia me hizo mucho bien -prendió un *Sinniko* fino mi padre con una ansiedad ya completamente hipnotizada.

-Y al llegar a los treinta se me apareció otra vez -volvimos a ver incrustarse el fulgor de la bombilla sobre el enorme ventanal de vidrios fijos que daba al sur. -Y yo seguí escondiéndola.

Aquello era como estar contemplando una especie de ping-pong titiritesco, pero cuando el porongo que representaba a Jesús se estacionó definitivamente al lado del termo reinó un silencio de oro.

Y después que los escuché charlar un rato sobre la vuelta de Gurvich a Israel tuve necesidad de comentar que estaba terminando de leer *Crimen y castigo*.

-Uh: qué novela -se le ahuevó una celestísima espesura de admiración a Guillermo. -Y eso que Dostoievski era tarado.

Entonces nos miramos con mi padre esperando que pateara el penal:

-Claro, Huguito: era tarado. Al final de su vida comulgaba y todo. Los *sabios modernos* le avisaron que todo aquel asunto de la Virgen, la crucifixión y la resurrección era un invento para adormecer a los pueblos pero él murió creyendo a rajatabla en el Espíritu Santo. Igual que Dante, Cervantes, Vivaldi, Cézanne, Vallejo y toda la comparsa de *locos alucinados*.

Y aquella noche terminé de devorar el novelón mesiánico sin entender que acababa de recibir el primer *cachetazo maravilloso* de esos que nos va encajando la verdadera vida.

2 / EFICIENCIA

Claro que tres años antes la arquitectura divina ya me había sumergido en un tsunami de adoración cuando en cuarto de liceo me *metí hasta las patas* con la muchacha más linda del turno y retomé la poesía que había dejado de garabatear al salir de la escuela.

Ella era mi compañera de banco y yo sabía que había tenido un novio de veinte años y que con mi metro sesenta y mi asquerosa ortodoncia no tenía la menor chance de conquistarla.

Y lo peor fue que al principio me encamoté con Bécquer y hasta perdí la gracia de imaginación y de construcción que me aportaron García Lorca, Herrera y Reissig y Nicolás Guillén cuando tenía cuatro años: mi padre me los leía en su taller-altillo del Paso Molino y yo los papagayeaba como si cantara el himno de Liverpool, incluso antes de alfabetizarme.

Pero ahora él leía alarmado mi idiotizada involución y trató de aggiornarme con los veinte poemas de Neruda, aunque la cosa mejoró muy poco.

Hasta que una tarde cayó Guillermo Fernández y me recomendó enseguida que leyera a un tal César Vallejo, y en la próxima visita *se acordó* de traerme la primera compilación

de Losada que incluía un colofón finalmente suprimido por los *tavarich* inquisitoriales (con Fernández Retamar a la cabeza):

Cualquier causa que tenga que defender ante Dios más allá de la muerte, tengo un defensor: Dios.

Decían que era un texto apócrifo, pero según Georgette fueron las últimas palabras que el máximo alquimista lírico de la angustia universal murmuró antes de *irse*.

Y es 55 años después que estoy en condiciones de entender que Guillermo me ofreció una herramienta *eficiente* para romper el techo de lo *imposible* a puro cabezazo y estrellar sobrehumanamente la belleza vacía de mi compañera de banco.

Porque leí tanto al Cholo que en pocos meses fui capaz de *liberar irracionalmente* toda mi *sed de Ella* y aunque casi no entendía una palabra de mis propios poemas, asomé una especie de resplandor todopoderoso y rompí la piñata.

¡Dios sabe hasta qué bordes espeluznantes me he asomado, colmado de miedo, temeroso de que todo se vaya a morir a fondo para que mi pobre ánima viva! le escribió Vallejo a Antenor Orrego en 1922, después de editar *Trilce*.

Entonces la arquitectura divina quiso que otra compañera de clase me pidiera los poemas para mostrárselos a escondidas *al alma imposible de mi amada* y aquella *marea* hipnótica terminó por *marear* de verdad a la pobre chiquilina.

Algunos críticos guillotizados por el pecado original siguen machacando sobre la heroicidad con la que el Cholo superó la derrota de su mística *utopista*.

Son los mismos que piensan que Georgette oyó *mal* a su esposo agonizante.

La formalización de mi romance duró apenas tres días y ni siquiera llegamos a besarnos, pero en un ómnibus de excursión en el que volvíamos de Porto Alegre a medianoche ella me dio la mano durante diez minutos con dulzura de *novia* y yo agarré *lo eterno*.

Guillermo había embocado.

3 / CRUZ

Sobre el filo de los 70 Guillermo se mudó al primer piso de un caserón que quedaba en Acevedo Díaz y estaba siempre lleno de visitas, porque acababa de divorciarse y se respiraba otra soltura de la que había en el apartamento de la calle 26 de marzo.

Allí le hicimos, junto con mis compañeros de la revista *Universo*, una jugosa entrevista que titulamos *Guillermo Fernández y la forma eficiente*.

Claro que en aquel momento yo era muy joven para entender que la *eficiencia* a la que él aludía -en su ya pleno despegue del dogma torresgarciano- implicaba la imprescindible *sintonía*, por parte del creador, de lo que era *imperiosamente necesario* para la comunidad de su época.

Yo todavía no era comunista y dos recientes crisis descalabrantemente tolstoianas de *horror a la nada* me empujaron a hurgar en los primeros libros publicados en el Uruguay por una editorial protestante donde ya se detectaba el surgimiento de la *teología de la liberación* que terminó proliferando en Latinoamérica.

Y una tarde imborrable nos quedamos charlando con un celeberrimo filósofo marxista-leninista muy amigo de Guillermo en el dormitorio donde sobre la cama de una plaza colgaba una humildísima cruz hecha con dos palitos, y tuve la funesta idea de comentarle que estaba entusiasmado con las nuevas propuestas cristianas.

Entonces el hombre ya cuarentón largo y de *look* adolescentemente bronceado se decidió a *salvarme* de un eventual *delirio místico* y empezó a monologar con una malignidad tan ávida que después de pitar nada más que un par de veces los cigarrillos se le iban curvando como gusanos de ceniza y yo sentía que la neblina de aquel domingo otoñal era todavía más asfixiante que las de las películas del mismísimo Antonioni.

Hasta que en cierto momento Guillermo entró a buscar algo en el ropero y tuvo tiempo de entender lo que estaba pasando pero no dijo nada y se fue casi enseguida contemplándome con una taladrante reverberación acerada.

Yo me quedé pensando por qué carajo no me había defendido, pero con los años fui aprendiendo que aquel color de su angustia quería decir:

-La vida es la cruz, Huguito.

Y también demoré mucho en aprender que la máxima gloria de Jesús fue alcanzada con su *total entrega amorosa* en el Gólgota, antes de que el escándalo de la resurrección confirmara para siempre que el Hombre Nuevo es el culmen de la evolución terráquea y no una invención utópica de la soberbia guillotidora que pretendió mesianizarnos con el desencadenamiento de *una cultura del odio incapaz de ir de vuelo*.

Diabolos (*dia-bollein*) significa etimológicamente *desgarrar*, y el antónimo del término de lo que consideramos *diabólico* es lo *simbólico* (*sym-bolleim*), que significa la *reunión* de los hombres.

Y recién ahora entiendo que mientras el filósofo trataba de triturarme la fe yo *lo único que pude hacer fue aferrarme de por vida a la irradiación de aquellos dos palitos* que colgaban sobre la cama de Guillermo y nunca naufragué.

En la década de los 60 los veinteañeros que nos considerábamos *revolucionarios* fuimos tatuados por una superposición de dos emblemas tan paradójicamente paradigmáticos que era imposible deslindarlos con lucidez histórica: los Beatles y el Che Guevara.

En mi caso, la lectura casi religiosa de *Marcha* -una hojarasca que hipnotizaba a las élites *ilustradas* con un *glamour* sabiondamente inocuo- me fue alejando del heroico ejercicio autogestionario de mi bandita de rock, y cuando la guerrilla tupamara empezó a desestabilizar la inercia del endémico encharcamiento tontovideano, me deslumbré igual que si estuviera asistiendo a una *remake* criolla de *La batalla de Argel*.

En aquel momento mi hermano Sergio recibía clases plásticas de Guillermo, y una tarde estaba pintando en el taller de casa y mi padre recibió la visita de un oscurísimo y adocenado ex-compañero del Taller Torres García y pasó algo brutal.

-¿Por qué no largás esos pinceles y te metés en la revolución? -ladró sobradamente el homúnculo antes de irse y nuestro santo progenitor quedó angustiado hasta los huesos.

Para colmo, la noche que el MLN le interrumpió durante cinco minutos la transmisión de un clásico de rompirraja a Carlos Solé para emitir un comunicado que escuchó un pueblo entero, Sergio y yo saltábamos de euforia en el patio con parral gritando que aquello era igualito a lo que pasaba en la película de Gillo Pontecorvo.

Y al otro día apareció Guillermo en casa y yo demoré años en saber que había recibido un *Help* telefónico para que *nos hablara un poco del asunto*.

Tanto él como mi padre eran votantes del Partido Socialista y todavía faltaba bastante para que se consolidara el Frente Amplio, aunque ya era *vox populi* que la guerrilla captaba futura carne de cañón en los ámbitos universitarios (yo ya había empezado la facultad de Abogacía y mi hermano estaba terminando preparatorios de Medicina) y aquellas técnicas de seducción inspiradas en el *Para comerte mejor* del lobo-abuelita siempre fueron rechazadas por el bienintencionado *izquierdismo democrático*, y en este caso lo que solidificaba a nuestros defensores era su arraigamiento en el arquetipo heroico del universalismo constructivo.

-¿Te das cuenta de lo triste que debe haber sido morir peleando durante las invasiones inglesas cuando faltaban tan pocos años para empezar la revolución artiguista?- terminó por reflexionar Guillermo cuando se tocó el tema de los mártires estudiantiles.

Y hoy creo que eso bastó.

Al otro año Sergio me contó que un amigo le había pedido para enterrar unos *fierros* en el fondo (táctica criminal utilizada por la dirigencia que integraba el actual blableteador candidato al Nobel de la Paz) y él le aclaró enseguida que la casa era de papi.

-Pa. Me costó muchísimo encontrarle la vuelta al argumento -me confesó Guillermo recién a fines de los 80, cuando andaba obsesionado con la profecía de que si no se les frenaba la demencial voracidad de poder a los *héroes* que en el 61 se habían burlado de los consejos pacifistas del Che Guevara íbamos a terminar con el Ñato Huidobro de Ministro de Defensa.

Y pensar que la revolución de los Beatles cada día ilumina más a los tristes del mundo.

5 / MUSIQUITA

Fue en el mítico taller de la calle Magallanes alquilado en los 80 donde Guillermo terminó de concretar la obtención de un lenguaje plástico (que se proyectaría en una amplísima trayectoria docente que se caracterizó por “no enseñar a pintar cuadros” sino por dotar a los discípulos de herramientas “pre-estilísticas”) capaz de *redimensionar el sentido sagrado de la vida* desde un sesgo tan *incanjeable* como el que irradian las obras de Joaquín Torres García, José Gurvich o Manuel Espínola Gómez.

Y esto no estoy dispuesto a discutirlo con nadie.

Si no de ser hoy libre, no lo seré jamás, se exasperaba Vallejo en otro tramo de la carta a Antenor Orrego: *Siento que gana el arco de mi frente con su más imperativa curva de heroicidad. (...) ¡Dios sabe cuánto he sufrido para que el ritmo no traspasara esa libertad y cayera en el libertinaje!*

Y estoy seguro de que eso fue lo que sintió Guillermo cuando se decidió a perforar el cielorraso de *lo prudentemente estatuido* a cabezazo limpio y quedar con el *rostro interior* incrustado para siempre en dirección a la *noche oscura de la fe*.

Lo más probable es que la mayoría de los discípulos y amigos que contemplaron durante décadas la mansedumbre de aquella sonrisa que *tenía un brillo especial para cada uno de nosotros* (Salinger dixit) piensen que estoy exagerando, pero los que comparten la hermandad de la *angustia por ir de vuelo* saben que *la cosa es así*.

-¿Viste esos sudores húmedos? -me comentó una vez en el teléfono, pocos años antes de ser despenado meteóricamente por la Providencia. -No te dejan en paz.

Pero nunca abandonó la pelea cotidiana con las *rayas* y si andaba muy seco por lo menos inventaba otra versión de uno de sus maestros barrocos:

-Una vez Pailós me dijo que cuando no le salía nada no se iba del taller sin hacer un pescado. Y yo hago un Paco Espínola.

Lo que él llamaba su *comparsa* de figuras (ya fuesen rostros retratados o inventados) había empezado a surgir cuando entre las reglas generales del arte que absorbió de Torres García (el *filum unitivo*, para hablarlo en Lezama Lima) eligió la dialéctica del Dibujo y el Diseño alternados analizados por José Bergamín en una conferencia de 1954 (dada a propósito de Leonardo y los talleres del siglo XVII) que lo marcó de por vida.

El clic estaba en la definición de los roles que jugaban el Dibujo (en español) como primera *toma visual* y el posterior Diseño (en italiano) que transformaba los datos descriptivos en *líneas funcionales* destinadas a organizar, en base a una aplicación sistémica, una superficie que en el ámbito de la Contrarreforma fue llamada *barroca*.

Y finalmente Guillermo -que en su adolescencia había alcanzado a mostrarle unos dibujos a Torres García y recibido el tan piadoso como perentorio consejo de ponerse a estudiar con Alpuy- se decidió a retomar aquella *idealización abstracta del sujeto-objeto* guillotizada por el realismo hiperracionalista de la Academia Francesa que programó el *castrato* Jacques-Louis David.

Esa era la *musiquita* personal que buscaba.

Y por eso su pintura nos incrusta en la *fe*.

6 / ÁNGEL

Una figura capital de la cultura americana que conocí en el taller de la calle Magallanes fue Alberto Methol Ferré, que se sentaba horas entre los caballetes y el cartonerío con una literal placidez de *corazón custodio*.

En sus últimos años tuve el privilegio de visitarlo en el *cucho* de Brecha y Reconquista, y fue hermoso darme cuenta que el edificio no solamente estaba *enfrentado* al lugar exacto que eligieron los ingleses para boquetear la muralla en 1806, sino que además se alineaba con otro enclave de indoblegable *resistencia espiritual* como lo sigue siendo la diminuta Torre de los Panoramas.

-Che, Huguito -me desafió de repente una mañana Guillermo: -¿Por qué no le decís a Tucho lo que pensás de Onetti?

-En qué sentido -traté de zafar de lo que parecía presentármeme como una misión imposible: introducir a nuestra mayor eminencia patriagrandista, antimperialista y católica en la revaloración del constitutivamente *derrotado* orfebre sanmariano.

-Y da-da-da-da-le con O-o-o-o-netti -se atracó sin perder la sonrisa el hombre montañoso.

-Tucho no le aguanta el ateísmo pero yo siento que en las novelas hay una especie de *satinación* preciosa -me hizo acordar Guillermo a las auras de corte Lautrec con las que él mismo *peinó* la figura esquelética del pater Brausen y hasta la de su delicado Isidore Ducasse.

Y a pesar de que me es imposible recordar lo que opiné aquella mañana sobre la inefable luz de Santa María, estoy seguro de que reboté rotundamente contra la convicción del hombrón tartamudo de que la verdadera América se debía concebir como *una divinidad para el futuro* (Lezama Lima dixit) y que la parición de la republiqueta de *Ponsonbylandia* fue una traición a Artigas.

-*Yo creo que en el 2002 Uruguay se volvió Onetti* -sentenciaría años después en un reportaje que le hizo Miguel Carbajal para el *El País* de los domingos con el título de *Pronóstico de un gurú*.

Y la nota termina así:

-¿Se puede salir del pozo?

-Te voy a decir una cosa: las aldeas son invencibles. Esa es una regla histórica.

-Todo el mundo sabe que el Uruguay es una aldea.

-Sacá las cuentas, entonces.

Y un día Tucho me contó que en el peor momento de la dictadura tuvo que hacerse una escapada muy peligrosa al Paraguay -de donde el sacerdote Uberfil Monzón había vuelto severamente alterado después que el servicio secreto del gorilaje lo capturó

infiltrando información- y que los amigos más íntimos hicieron lo imposible para que no *agarrara viaje* pero él no les hizo caso y no le pasó nada.

-Y cua-cua-cuan-do volví Gui-gui-gui-llermo me regaló esto -me mostró la *preciosa satinación sanmariana* de un ángel pintado para que lo protegiera del *diabolo* de Asunción que encepó a Pepe Artigas.

7 / ALTURA

La hermandad entre Guillermo Fernández y Hugo W. Giovanetti Sanna era muy distinta a la que viven dos colegas pintores y siempre se acentuaba en los momentos críticos, ya fuese a través de los *Help* telefónicos para que nos hablase a nosotros o cuando se veían en el boliche de la esquina de Casimires Maspons, donde trabajaba mi padre, y el tan tímido como juglaresco hombre-muchacho se desahogaba de los arponazos recibidos en su complicadísima vida sentimental.

Pero cuando nuestra *felicidad familiar ejemplar* se transformó en un infierno manipulado por esa inadvertida Lady Macbeth que llevan agazapada en la psiquis tantas mujeres que empiezan a sentirse gradualmente *expulsadas de la vida*, papi no tuvo más remedio que *irse* (para que se destrabase un nudo inmobiliario que nos ataba a todos) y psicopatizó un cáncer terminal que lo despenó en menos de dos meses.

Creo que la descripción más ajustada de lo que pasó en casa la logré en un poema titulado *El cáliz*:

Como brindis barrocos que acaban empedrando / los riñones del alma / irreversiblemente / te habitarán los vértices del desencuentro. / Se dividen las vidas. / Y la desgracia filtra / su amanecer oscuro entre la primavera / mientras un hombre muere alargando sus húmeros / y el sudario morado irradia una metáfora / que no alcanzan las sondas / de la carne o del cosmos.

Papi sigue siendo *mi mejor amigo de todos los tiempos* (y lo digo en presente, porque como me enseñó Onetti, en este tipo de consustanciaciones *la muerte es un detalle*) pero la noche del velorio me sentí agigantado y *en misión* de consolar filosóficamente a todo el mundo.

Y con el tiempo tuve la impresión de que la mayoría de la gente se sorprendió y hasta se maravilló con aquella reacción del Huguito histérico y depresivo, pero yo estaba segurísimo de que era *justo y necesario* celebrar la *nobleza* de aquella muerte (para hablarlo en Silvio Rodríguez) y de que *no es la pompa espacial* (como lo terminé formulando en el poema *La resurrección*) *sino la gravedad / de una vida redonda / lo que pesa en el cielo*.

Ya mientras amanecía charlamos mucho rato con Guillermo en la vereda y le pude contar la verdad del asunto.

-Qué lástima -arqueó los labios cerrados casi como si fuera a sonreír, y al verlo bajar pesadamente por la calle Dante tuve la sensación de que lo que le jorobaba los hombros era el peso del *cordeiro de Dios* en que había terminado por transformarse su *amigo sin suplente*, como le gustaba decir a él.

El entierro fue en La Teja un sábado con sol, y cuando tuve que agarrar un costado del ataúd sentí una especie de empujón de energía cireneica apuntalándome la orfandad y aquel brazo-palanca de Guillermo Fernández me hizo un bien infinito.

Y al poco tiempo él le comentó a un amigo común que cuando murió mi padre yo había estado a la *altura de las circunstancias*.

Eso es ser religioso.

Después que mi padre se fue caminando sin decir nada por los médanos blancos de la Más Dimensión Sergio logró comprarme casi enseguida una cuarta parte de la casa natal (gracias a una muy inesperada herencia que le dejó su padrino de confirmación justo cuando los milicos rompieron la tablita, lo que sextuplicó de golpe el valor de aquellos milagrosísimos cinco mil dólares) y encontré un apartamento de tres dormitorios en Punta Gorda y zafé del infierno.

En ese momento yo era el principal *malo de la película*, y aunque le advertí a mi hermano que no le convenía quedarse con mi madre él se tuvo confianza para sobrellevar una perversidad en la que la locura ya cascabeleaba ostensiblemente desde hacía varios años.

Mi madre me ajusta el cuello del abrigo, no porque empiece a nevar, sino para que empiece a nevar.

¡Ay, Vallejo llorando de horror entre la nieve!

Y en muy poco tiempo las cosas se le complicaron tanto a mi hermano que un mediodía apareció en casa y me pidió para sentarse un rato en mi escritorio mientras yo terminaba una clase de guitarra y cuando quedamos solos murmuró:

-Ya no sé cómo hacer para conformarla, Hugo.

Entonces se me ocurrió llamar a Guillermo -un edípico muy curtido por esas torturas- y aquella noche nos quedamos charlando horas en su casa de Brandzen y él tomó varios whiskys en los que iba exprimiendo desconsoladamente un gajo de limón con las córneas tan ahuevadas como las que pudo tener Lezama Lima cuando advirtió:

Ay del que no marcha esa marcha donde la madre ya no le sigue, ay.

Y en cierto momento el *amigo sin suplente* de mi padre se animó a confesar levantando más la voz que los brazos:

-Hasta que un día mi vieja trató de manipularme con la posibilidad del suicidio y a mí se me subió del todo la gallegada y terminé gritando: *Ah, bueno, pero mar afuera. No queremos enchastres en la alfombra.*

Lo increíble es que no me haya dado cuenta de que esa anécdota la tenía que leer como el *pronóstico de un próximo tifón* y pocos años después, cuando mi madre decidió expulsarse definitivamente de la vida (aunque Sergio consideró inútil mandar hacer una autopsia esclarecedora) me agarró por sorpresa.

Guillermo ya estaba casado hacía tiempo con Marta pero se empeñó en acompañarme hasta 18 de julio a esperar un 105 -porque yo andaba corto para pagar un viaje largo en taxi- y nos comimos un plantón de tres cuartos de hora antes que apareciera el último ómnibus y después que subí se quedó mirándome desde la esquina y me acordé de papi y de una de las frases que más le gustan al Papa Francisco:

El que no vive para servir no sirve para vivir.

Por eso es que ahora siento que aquel *no dejarme arrastrar solo entre la intemperie de la hora del lobo* fue el regalo más importante con que su maestría santa me suavizó la vida.

